

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

Clínica de las redes sociales.

Thompson, Santiago.

Cita:

Thompson, Santiago (2016). *Clínica de las redes sociales*. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/866>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eATh/Kz6>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

CLÍNICA DE LAS REDES SOCIALES

Thompson, Santiago

Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

El presente trabajo procura hacer una primera aproximación, desde un enfoque psicoanalítico, al estudio de los efectos de las nuevas tecnologías en las lógicas de la vida amorosa. El escrito se centra en las distintas modalidades de presentación de las redes sociales, procurando cernir sus particularidades y efectos en los sujetos. Se describen nuevas modalidades del acting out, la función de la categoría de semblante en las redes, la demanda de amor online y el campo virtual del deseo.

Palabras clave

Semblante, Amor, Deseo, Acting out

ABSTRACT

CLINIC OF THE SOCIAL NETWORKS

This paper is an preliminary study, from a psychoanalytical point of view, about the effects of the new technologies in the logics of lovelife. It focuses on the different types of social networks, trying to locate their particularities and their effects on the subjects. Acting out, the function of the semblance in networks, the demand for love online and the virtual field of desire are described.

Key words

Semblance, Love, Desire, Acting out

“El deseo sigue un curso paralelo y la historia es una red y no una vía”
Jorge Drexler

Los cambios en la tan mentada “subjetividad de la época” van muchas veces de la mano con cambios en la ciencia y la tecnología. Hoy la emergencia de las redes sociales interpelan a la clínica analítica y son un campo de estudio ineludible. Es mi propósito en el presente trabajo realizar una primera aproximación a los efectos subjetivos de las nuevas tecnologías, teniendo como horizonte una clínica de las redes.

Las redes sociales se entran a la posición de cada sujeto. La injuria obsesiva que procura arrasar con el deseo del *partenaire*, el amplio campo que encuentra la histeria para causar el deseo sus-trayendo el cuerpo tienen allí su lugar. Quien tiene una posición evitativa respecto del otro sexo, encuentra abierto el campo para mantener todo el juego en el plano virtual, y postergar indefinidamente el encuentro. Las psicosis encuentran nuevas formas de hacer lazo. Emergen colectivos que se encuentran en función de compartir el mismo síntoma: “La anorexia no es una enfermedad, es un estilo de vida” declaman en distintos blogs, las autodenominadas “princesas de porcelana”. La vida virtual se suma a la lista de adicciones. Por otro lado, la red global dio carta de ciudadanía al placer masturbatorio, ya no como síntoma, sino como una modalidad asumida por los sujetos. Muchos varones afirman: “prefiero hacerme la paja a coger”. En Japón, la palabra *hikikomoris* da nombre a un estilo de vida que prescinde del encuentro entre los cuerpos. Sin embargo, el aspecto de las nuevas tecnologías que me parece central para la

clínica psicoanalítica, es la incidencia de la presencia de las redes en la lógica de los encuentros amorosos.

“Hijo e Tinder”

Las aplicaciones cuyo fin específico es pactar citas han invadido la vida cotidiana... y los consultorios. En las grandes ciudades, como la nuestra, rescatan a los sujetos del anonimato característico de las urbes.

Tinder, *Badoo*, *Happn* (para nombrar las más populares) propician un encuentro “sin intermediarios”. Mientras *Facebook* persigue a sus usuarios para que no contacten virtualmente a quien no conocen –lo cual, sin embargo, sucede todo el tiempo– tales aplicaciones, en base al mismo perfil de *Facebook*, incita a ello. *Facebook*, desde su origen, procuró ser el reflejo virtual de los lazos reales. Estas aplicaciones se instituyen explícitamente como punto de partida del encuentro amoroso en el campo virtual. Lo cual es reflejado en nuestros días por una ingeniosa publicidad que parafrasea el giro popular “*Hijo e Tigre*” y acompaña la imagen de un bebe con la leyenda “*Hijo e Tinder*”.

Por otro lado, es cierto que tales aplicaciones promueve encuentros con ciertas carencias a nivel de la ficción del amor: son encuentros muchas veces “sin historia”. Los encuentros se ven facilitados, y suelen desvanecerse con la misma facilidad. El neologismo “fantas-mear” (que proviene del inglés *ghosting*) alude a la desaparición sin previo aviso de los *partenaires*. No hay ruptura, ni siquiera bloqueo virtual, simplemente el otro deja de enviar o responder mensajes.

A este lugar vacío a nivel de la historización de los encuentros viene *Facebook*, que se ocupa de presentar el conjunto muchas veces deshilachado de de “posteos” de cada usuario como una biografía (*timeline*, literalmente “línea de tiempo”). Este rescate de la dimensión del deseo (que implica siempre la historización como ficción) que *Facebook* promueve merece especial atención.

Los usos de Facebook

Es sugestivo que, a la hora de hablar del deseo humano, tanto Freud como Lacan hayan elegido dibujar una red: mientras que el esquema freudiano de *Psicología de masas...* se presenta como una red sugestiva, Lacan llamó a su grafo “mi pequeña red”. El deseo humano sigue siendo el deseo de tener un lugar en el deseo de los otros... o de algún Otro en particular. Quiero destacar en este apartado un aspecto que me parece central respecto de *Facebook*: su lugar como mediador del deseo.

El “me gusta” y su interpretación ocupa un tiempo no menor en los consultorios. Puede ser leído en la más vasta ambigüedad: como un “me gustás”, por ejemplo. También está el “me gusta” irónico (como respuesta a alguna agresión), el “soy tu amigo y te banco”, el ideológico, el “me gusta” territorial (con el que el varón “marca” a la que fue su amante en todos sus *posts*). Este último hace uso de una propiedad interesante de *Facebook*: los “me gusta” solo pueden ser borrados por su autor: no así por el dueño del muro. Es notable también el “automegusteo”, que opera como un verdadero complemento narcisista. La reciente pluralización del “me gusta” (me gusta/me encanta/me divierte/me asombra/me entristece/me enoja) abre un nuevo campo, que ressignifica por mera oposición

significante el ya existente “me gusta”: habiendo un “me encanta” (cuyo, icono, además, es un corazón) ya no es lo mismo poner “me gusta” en la foto de aquella a quien se desea. El “me encanta” podría quedar ligado a lo jugado pero también a lo quizás demasiado explícito, el “me gusta” a cierto enigma sostenido pero, en ocasiones, también quedará más expuesto su costado de cobardía. Para decirlo en otros términos, en ciertos contextos el “me encanta” le agrega una “s” al final al “me gusta”.

Facebook, desde su nombre, es el campo de la mostración. Las mujeres hacen ostentación de su belleza, o bien con frecuencia una exaltación de su pareja y de lo felices que son... siempre sospechosas. Los varones tienen una palestra donde desplegar sus insignias: el “aguante” al equipo de fútbol, los logros personales, el culto a barra de amigos. Por medio del muro el varón da muestras a la mujer de que es varón, viceversa. Lacan ya ubicaba en su seminario 18 que “lo que define al hombre es su relación con la mujer, e inversamente. [...] Para el muchacho, se trata en la adultez de hacer de hombre. Esto es lo que constituye la relación con la otra parte. [...] Uno de los correlatos esenciales de este hacer de hombre es dar signos a la muchacha de que se lo es. Para decirlo todo, estamos ubicados de entrada en la dimensión del semblante” (Lacan 1971, 26). El juego de los semblantes encuentra su escenario en *Facebook*, campo privilegiado de lo que se da a ver.

El aspecto mostrativo de *Facebook*, da lugar a nuevas modalidades de *acting out*. El *acting out*—afirma Lacan en el mismo seminario—consiste en hacer pasar el semblante a la escena, montarlo a la escena, hacer de él ejemplo (Cf. Lacan 1971, 32). Si el *acting* es una mostración inmotivada, que procura hacerse un lugar en el deseo del Otro, en la que lo que se muestra, se muestra como distinto de lo que es, *Facebook* emerge como el escenario privilegiado para el *acting out*. En *Facebook* lo que se muestra, se muestra como distinto de lo que es: “Posteo para todos, con el fin de que vos lo veas”, o bien “Posteo sólo para vos, para que todos lo vean”. Se trata de una mostración velada, que siempre tiene el carácter de un anzuelo tendido para enganchar el deseo del Otro.

Lo que se muestra no se debe confundir con una pérdida de la privacidad: se trata de lo que alguien decide mostrar a los otros, a algún otro particular al que la mostración está dirigida. Y, en tal sentido, *Facebook* ofrece la posibilidad de estar virtualmente en el área del deseo de todos. La alusión indirecta toma en los muros un lugar privilegiado. Se sugiere, se da a ver, y rara vez se declara. Así como el *acting out* llama a la interpretación, lo que se muestra llama a que se diga (o a que se “comente”).

Por último, cabe destacar que *Facebook* ha dado lugar a toda una serie de “actos virtuales”: te elimino como amigo, te bloqueo, te vuelvo a aceptar, etc. Con la ambigüedad que supone como acto para sí (los analizantes se justifican: “la saque de mis amigos para no quedarme mirando lo que postea”) y como mostración hacia el otro: donde el acento está en que el otro se entere de que fue “eliminado”.

El deseo es en esencia engañoso. Requiere de ficciones, escenas, montajes, historias. Y la mediatización de las redes—en cuanto pone los cuerpos a distancia y permite un espacio para la edición—se abre entonces como un campo fértil. Los sujetos preceden a una verdadera creación de un yo virtual. El sujeto solo es sujeto en cuanto historizado, en una escena que siempre es de ficción. La “biografía” virtual proporciona la posibilidad de escribir la propia historia para los otros, y espiar la vida de los otros a través de la ventana indiscreta de *Facebook*.

El valor de mediación de las redes sociales, incluso mediación de un deseo decidido, no es desechable. No olvidemos que ya Lacan

propuso pensar el deseo como un campo abierto a una mediación, poniendo allí el acento en el registro imaginario. Y en ese sentido, *Facebook* y otros medios virtuales abren un amplio campo para el encuentro entre los deseos.

El amor WhatsApp

En las relaciones amorosas, el *WhatsApp*, con su sola presencia, introduce una nueva lógica. Nos acostumbramos en el consultorio a relatos de “conversaciones”, agitadas incluso, que meramente han tenido lugar en un *chat*. En ocasiones, los pacientes se ven tentados a proceder a una lectura del *chat* para el analista. Por otro lado, la aplicación ha dado lugar a una verdadera neurosis virtual en el campo amoroso: toda una serie de indicios sobre el otro alimentan las propias fantasías. La contemplación silente del estado del otro es uno de los nuevas formas del padecimiento contemporáneo. “Estuviste *online* y no me mandaste ni un mensaje” es un reproche habitual. Las deducciones aventuradas hechas a partir de la “última hora de conexión” son hoy moneda corriente: una última hora de conexión a altas horas de la noche, por ejemplo, invita a inferencias que llegan a la suposición de infidelidad.

La relación al celular del otro divide las parejas: algunos se lo prestan como muestra de confianza y entrega—“no tengo nada que ocultar, míralo”—, otros consideran la requisa del celular como el equivalente a la violencia de género. Espiar el celular del *partenaire* ante un eventual descuido, generalmente cuando el otro está en la ducha, es una tentación constante en las parejas donde reina la desconfianza.

Los mensajes que irrumpen en una pantalla bloqueada son un modo particular de mostración: quien usa a un tercero para montar un *acting*, descuida su celular y deja que los mensajes se den a ver. Un varón de treinta años me cuenta como el mensaje de un tercero se presenta de madrugada en la semana en que estaba a programado que conozca al grupo de amigos de ella: la aparición del mensaje en cuestión tuvo llevó a una discusión que como consecuencia concreta la suspensión de tal encuentro por unos cuantos meses. El *acting* aquí funciona sosteniendo lo que el deseo tiene de complicidad con lo clandestino ante la demanda del varón de ser “blanqueado”. El “Estado” funciona muchas veces como mensaje, más o menos cifrado, para el *partenaire* del momento. Un joven comenta que antes de iniciar el *chat* con una de las chicas que frecuenta, siempre chequea el estado del *WhatsApp* y el último post en *Facebook*, que funcionan en esta chica como un *hint* para su entorno.

Mientras que el viejo MSN suponía “iniciar” y “cerrar” una sesión, es decir, conectarse y desconectarse, el *WhatsApp* implica un continuo cotidiano. Incluso en las configuraciones de privacidad más cerradas, la aplicación informará al resto de sus contactos si el usuario está “en línea”. Mientras el MSN—e incluso el Messenger de *Facebook*—permiten “aparecer como desconectado” el *WhatsApp* le dirá a los demás que en este momento estás en línea chateando con alguien... que no son ellos. La popularidad de la aplicación y sus efectos tiene aún otro efecto extendido: esconderse no es sin consecuencias. Quien elija no hacer saber la última hora de conexión, y, sobre todo, quien deshabilite los famosos tildes azules—que indican que el mensaje ha sido leído—, provocará reacciones en su entorno. “Dime como configurarás tu *WhatsApp*, y te diré quién eres... y cuanto me quieres” parece ser el lema. La aplicación permite esconderse, pero lo que no se puede ocultar es el haber elegido esconderse. En tal caso la elección es no exponerse, no solo a que el otro sepa de uno, sino a saber del otro. Una mujer que comenta que eligió la configuración más restrictiva en su *WhatsApp* luego de una ocasión en que su marido salió con sus amigos y ella

se pasó la noche mirando su última hora de conexión.

Las capturas de pantalla y la posibilidad de reenviar los audios crean todo un nuevo campo, que abarca desde los “escraches virtuales” hasta la posibilidad de compartir con las amigas el intercambio con el chico de turno. La voz deviene editable –cada audio se puede enviar o descartar– y archivable. Las novias desdichadas ya no releen o queman cartas de amor: escuchan y releen los la historia de su amor... o eliminan ese conjunto de mensajes, videos y fotos para siempre.

Los *chats* finalmente, se han impuesto como una forma de intercambio predominante cuando la presencia de los cuerpos no es imprescindible. La objeción al medio (“no son cosas para hablar por acá”) cae hoy por su propio peso. Hoy todo se “habla” por *WhatsApp*. Muchas relaciones, aún aquellas estables y monógamas, terminan por medio de *chat*. Si *Tinder* y otras aplicaciones similares están al servicio del encuentro entre los cuerpos, y si en *Facebook* lo que prima es la captura del deseo, el *WhatsApp* pone en primer plano la demanda... de amor.

El cuerpo en la red

Las redes sociales han dado lugar a una nueva forma de encuentro entre los cuerpos. Ciertamente, en esta lógica el cuerpo en cuanto sustancia gozante permanece en las sombras... para alivio de los *partenaires*. No habría que ubicar lo que del cuerpo queda allí en suspenso como un déficit de las redes. Por el contrario, es una característica que abre a otro tipo de mediación entre los seres hablantes. Literalmente, un nuevo discurso-pantalla, una forma de hacer lazo que permite construir las coordenadas del encuentro de los cuerpos, en el marco de un particular ordenamiento subjetivo. Por otra parte, la dimensión imaginaria del cuerpo esta todo el tiempo presente. Lo que Lacan ubicó como la dimensión del semblante: el cuerpo como representación, lo que se da a ver y hace de soporte a un discurso, se despliega mediante los recursos que ofrecen las redes. La imagen cuerpo digitalizado, la voz, la palabra escrita, funcionan como el anzuelo que se tiende para atrapar el deseo del otro. Los intercambios virtuales crean las condiciones para el encuentro (o bien precipitan la caída de la escena: una frase desafortunada puede ser letal). El supuesto exhibicionismo del mundo virtual es más bien una construcción donde cada ser hablante da forma a un relato sobre la propia persona. Tal construcción encuentra en las nuevas tecnologías un escenario para desplegarse. Hoy tanto en el campo amoroso como en el laboral e incluso en la política, las redes son una forma de hacer semblante y, desde allí, propiciar el lazo. Los semblantes contruidos en las redes buscan dar consistencia a la posición sexuada de los *partenaires*: las cincuenta y cuatro opciones que ofrece *Facebook* a la hora de definir el género del usuario hablan por sí solas. El carácter de anzuelo respecto del deseo del *partenaire* que adquiere el semblante es directamente central en las aplicaciones de citas: una serie de fotos, la edad y algunas líneas abren o cierran la posibilidad de interactuar la persona elegida.

En definitiva, ni exhibido indiscriminadamente, ni excluido del juego, el cuerpo en su dimensión de semblante juega la partida en el campo del deseo, dando lugar al montaje de una ficción ofrecida al deseo de la comunidad virtual que se despliega las redes. Tal carácter ficcional, hay que subrayarlo, no es propio de las redes: es propio del deseo humano.

Mucho se ha dicho sobre la soledad del sujeto en la *web*, pero es un hecho que, poco a poco, los encuentros amorosos tienden a iniciarse en una red social. A veces con alguien desconocido, a veces con alguien apenas conocido en la vida cotidiana. Los intercambios

virtuales, muchas veces, permiten hacer lazo donde de otro modo no habría nada. Si bien es evidente que la huelga de cuerpo de la histeria, la puesta a distancia de la fobia y el solipsismo obsesivo encuentran su punto de enganche en las redes, no constituyen a mi entender el signo de los tiempos sino pasado servido en copa nueva. Me parece más interesante como orientación clínica indagar los ordenamientos subjetivos y las formas de lazo inéditas que tienen como efecto las nuevas tecnologías.

BIBLIOGRAFÍA

- Lacan, J. (1957-58) El seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- Lacan, J. (1962-63) El Seminario. Libro 10: La angustia. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1971) El Seminario. Libro 18: De un discurso que no fuera del semblante. Buenos Aires: Paidós, 2009.